

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

Congreso Internacional de la Paz en el Ferrol

A los congresistas

¡Salud, heraldos de la paz!
 En los actuales críticos momentos para la humanidad; cuando pueblos que se titulan civilizados, proclamados y sostenedores del derecho de gentes, saltando sobre todas las consideraciones humanas, riegan con juvenil sangre los campos que en otros tiempos, por medio del trabajo, produjeron exuberantes frutos, vosotros, respondiendo al llamamiento del Ateneo Sindicalista del Ferrol, abandonáis vuestros lares para laborar por la paz.

La humanidad, que se siente estremecida de horror ante el vértigo homicida que se ha apoderado de los hombres que parecían más ecuanímenes, tiene fijo el pensamiento en vosotros, esperando el resultado de vuestra altruista labor.

Discutido ha sido este Congreso, antes de realizarse, y por falta de valor no ha sido combatido por los eternos pesimistas, que ante el temor del fracaso, reservan sus actividades, sus energías, para cuando las circunstancias sean más favorables.

Tierra y Libertad os saluda fraternalmente, porque, optimista como vosotros, eterno optimista, cree que la raza humana será feliz un día por la labor, por el esfuerzo de los soñadores, porque el pesimismo es la negación de la actividad de la vida, en tanto que el optimismo es la esperanza, la lucha.

Jamás por las columnas de estas hojas, como por nuestro pensamiento, pasó la idea del fracaso. Por eso estamos identificados y acudimos a ese Congreso para abrazar a los luchadores, a los que sin temor a las inclemencias del tiempo y de los hombres van siempre adelante, "verso la parte donde se levanta el sol".

La importancia del Congreso Internacional de la Paz, está en el Congreso mismo, y vosotros, congresistas, que representáis la parte más útil de la humanidad, que sois los productores de toda la riqueza, sois los más autorizados para hacer que los anhelos de paz lleguen a las alturas donde se forja el rayo asesino, y que las palabras de amor y fraternidad se extiendan entre los que naturalmente unidos por ansias de emancipación y por el manejo de los útiles de trabajo, se encuentran hoy frente a frente con un odio inculcado por sus tiranos y explotadores.

Si lográis poner en comunicación con los combatientes de vuestros respectivos pueblos y los hacéis sabedores de que en los países neutrales se respira ambiente de paz, y que hasta en las naciones en guerra, el pueblo está cansado de tanto horror y que sólo espera la palabra que ha de hacer ver al pueblo que nadie, y en nombre de nadie ni de nada, puede disponer de su vida, habréis hecho una labor tan humana, que tal vez de al mundo el alto ejemplo de una paz impuesta por el pueblo, que sería la única paz estable y duradera.

Que a la vez que laborar por la paz, laboréis por la creación de una nueva Internacional, es el deseo de cuantos confían en que ha de ser el pueblo productor el destructor de todas las desigualdades.

¡Salud, heraldos de la paz!

LA PAZ

En todos los tiempos, en todas las épocas y por los hombres de todas las ideas y creencias, se ha proclamado la paz como base constitutiva del equilibrio universal. La paz de la familia. La santa paz del matrimonio. La paz social. La paz de la conciencia. La paz del alma.

No matarás, repercute el eco de la religión cristiana. La vida de un semejante es tan sagrada como la nuestra, repiten los materialistas.

Parece ser que todos odian la lucha brutal en que la sangre humana se vierte, y no obstante, en fragante absurda contradicción, existe la guerra, la guerra bárbara que se libra en los campos de batalla, donde se hienden oráneos, se matan niños, se incendian campos, se destruyen ciudades. Existe la guerra bárbara, cruel, horriblemente trágica, la guerra social de todos los días, de todas las horas, de todos los



minutos; guerra sin tregua ni armisticios que engendra los dramas horribles de la miseria, que tiene por epílogo cruelmente desgarrador, la prostitución, el presidio, el suicidio y el cadalso.

Hoy baña el suelo de Europa la sangre que a torrentes se está vertiendo en los campos de batalla. Dos grupos de pueblos igualmente inocentes en su masa de habitantes e igualmente culpables en su estructura orgánica, constitutiva de una monstruosa organización social que fluctua sobre un Océano de sangre y lágrimas, se están trucidando, degollando, aniquilándose con saña de feroz crueldad, solo porque triunfen estos o aquellos tiranos, y lo más doloroso es que esa matanza que subleva el ánimo, tiene sus prosélitos, sus panigeristas, que basándose en tópicos de una cruel ironía, glosan la justicia, la libertad y el derecho, con el nombre destilante de humana sangre, de batallas, de trincheras, reductos, líneas de fuego, acorazados que se hundían y barcos mercantes que son torpedados por los centuriones bárbaros de las potencias en guerra.

Y hombres que se llamaron ecuanímenes, sensatos y justos, amantes de la humanidad y defensores de la paz, se han aniquilado sus voluntades y sus inteligencias, se han castrado sus energías, y hoy ya desconocen las alas del milano de la fábula de Goiki, y doblegan la cerviz ante el mundo de la infamia de los poderosos y van en la corriente brutal de destrucción, arrastrando por el cieno de la ignominia, de la cobardía, su historia y su obra.

Y sigue la tromba exterminadora soplando como el huracán sobre los pueblos, y siguen las masas de plebiscitarios aniquilándose con la metralla que ellos construyeron, y sigue el mundo vil de los poderosos rigiendo sardónicamente desde los suntuosos salones de sus regios alcázares, y sigue el crimen cristalizado del dolor, las lágrimas y la miseria de viudas, de huérfanos en el arroyo, de ancianos desamparados, y los hombres que se llamaron ecuanímenes y defensores de la paz, siguen declamando contra este o aquel grupo de los pueblos en guerra y queriendo justificar lo injustificable; y yo sigo diciendo y afirmando, que si Grammontagne dijo que hacía falta una revolución en que la sangre de los

tiranos llegara a un metro de altura en las calles, es preciso más, es preciso hasta desenterrar a los cobardes encanallados que murieron antes de tiempo, para fusilar sus restos.

La paz, la paz, palabra hermosa que se mancha en labios de cobardes, tiranos, de tartufos, de mercachifles, sin conciencia y sin entrañas, pero que sale del corazón de muy pocos, porque el sentido moral está atrofiado y porque las facultades pensantes están anestesiadas con la influencia del medio criminal en que se vive.

La paz, sublime concepción que nosotros ideológicos de la anarquía, propagamos sin tregua ni descansos, pero que encontramos la general ignorancia a un lado y la interesada obra de los tiranos, reforzados con las capciosidades de sabios de relumbrón, que en teoremas abstrusos vienen a querer convencernos de que la guerra es el producto fatal de la bestialidad humana, y para mayor dolor, los que no tuvieron el valor moral de en estas excepcionales circunstancias seguir llamándose anarquistas, vienen a volcar su peso en en la balanza de Astrea, para demostrar que la razón y la justicia están de parte de uno de los dos

contendientes, siendo así que ni siquiera atenuantes se pueden buscar para los provocadores de esta hecatombe humana.

¡Oh, hombres! vosotros que os avergonzáis ante la humanidad y ante la historia de semejante ignominia, reparad que las ráfagas de los vientos traen hasta nosotros las ayes de las madres, el llanto de las viudas, las quejas de los ancianos abandonados, el lloro de los huérfanos en el arroyo, los nostalgias dolorosas de los que agonizan en los campos de batalla.

¡Oh, hombres! los que no seáis inmisericordes, en nombre de la humanidad entera, por el dolor de millones de millones de seres humanos, yo os invito, yo os emplazo, para que todos vuestros esfuerzos se encaminen a conseguir la anhelada paz.

Unámonos todos bajo el humanitario emblema de la paz, y la victoria será de nosotros, porque tenemos el poder irresistible de las nobles causas.

Seamos los cruzados de la paz, y así haremos justicia a las víctimas que la piden desde sus tumbas cinerarias, y cuyas voces de ultratumba se elevan en un clamor infinito, desde el fondo de los fríos túmulos.

Salga del Ferrol la Huelga General revolucionaria, capaz de imponer la paz violentamente y de transformar el mundo.

JOSÉ ARRANZ

Contra la guerra burguesa

Sería de lamentar que la guerra actual, como, por otra parte, ha sucedido con todas las guerras, terminara sin que en ello haya intervenido la voluntad del proletariado para darle fin, observando la misma indiferencia que cuando los gobiernos decidieron lanzar los pueblos en el pavoroso conflicto. Es triste que todavía los gobiernos tengan el poder de declarar la guerra, y más triste aún es que los pueblos no tengan el de imponer la paz contra la determinación de los poderes del Estado. Y es este un hecho que para nosotros constituye una lección. Lección que entre otras muchas, es la principal que la guerra ha proporcionado a los revolucionarios, poniendo en evidencia hasta qué punto conservan fuerzas estados de ánimo, prejuicios, sentimientos, que creíamos muertos y sepultados para siempre; hasta qué punto continúan siendo rebañados pueblos que teníamos por más adelantados, y cuánta labor educativa será todavía necesaria para crear la personalidad consciente en los individuos.

Pero si nos encontramos con que el retraso de las multitudes es mucho y nos causa pena constatarlo gracias a circunstancias tan dolorosas, ¿cómo justificar la actitud de los revolucionarios que se comportan como esas mismas multitudes fáciles a la sugestión y prendadas del brillante florilegio de los sofistas que pululan, o peor, como los gobiernos que las dirigen? ¿Podemos entonces eximirnos de toda responsabilidad? Casi resulta pueril la pregunta: ¿Hemos hecho todo lo que podíamos, todo lo que debíamos para que la guerra encontrara la oposición de los pueblos? No, ciertamente.

Y ya que no lo hemos hecho antes, ¿por qué no hacerlo ahora en lo que sea posible? Aunque sólo sea intentalo, servirá de provechoso ejemplo. A este respecto la iniciativa del Congreso del Ferrol reviste trascendental importancia desde que intentar ponerse de acuerdo para imponer la paz es dar un paso revolucionario. La paz impuesta por el proletariado—de conseguirse—sería descargar un golpe formidable contra el régimen y la verdadera derrota del militarismo. He aquí por qué sería de lamentar que los gobiernos y no los pueblos decidieran de la paz.

Nuestro pacifismo actual no es propiamente el "pacifismo". No somos partidarios del "statu quo" del régimen, del mismo modo que sin estar de esta o la otra parte de los beligerantes, tampoco somos neutrales.

No podemos ser neutrales en un conflicto en que se trata de nuestros intereses y de nuestra vida, ni podemos ser pacifistas los que vamos contra la guerra no por la paz, sino para continuar la guerra de nuestra liberación, la